

A este género pertenece el folleto publicado en 1793 y redactado en valenciano, *Les Filósofs al encant* (no *ancant*, p. 21), y traducido al francés en 1796, sobre la que se ha hecho la presente. La traducción española de Madrid, 1819 (según Pastor Fuster, II, 304), no se ha encontrado aún, y se puede dudar de su existencia; dado que sí existe en la Biblioteca Nacional (V.E. C^a 534-6) una edición póstuma de Madrid, 1821, con el título de *Los filósofos en almohada*, por D.M.L.Z.M. (desconocido para Palau y Rogers-Lapuente), que omite cualquier mención de Colomé. Traduce del francés, con el estilo propio del tiempo, menos la «Advertencia del editor» final; pero añade cinco retratos —críticos— de Voltaire, también franceses (el quinto, por «un chino»). El lema-cita de Voltaire se traduce correctamente: «No demos que reír a los hombres diciéndonos nuestras verdades»: Colomé juzgaba que los «filósofos» se ponían a sí mismos en ridículo.

Colomé toma como pauta el diálogo lucianesco «Subasta de vidas» (su correligionario Antonio las Fuentes se había dedicado a la traducción de Luciano) e imagina que Mercurio, por orden de Júpiter, subasta los filósofos enciclopedistas a un comerciante chino. Así desfilan Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert y Helvetius. Son ligeros esbozos de sus ideas, que promete ampliar en una continuación, nunca realizada.

En el Estudio preliminar se expone la actividad literaria de Colomé, y el contexto ideológico de esta obra. Ya desde el anuncio publicitario de la *Encyclopédie* en 1750, se habían ocupado del proyecto los jesuitas del *Journal de Trévoux*; pero su actitud no fue tan cerradamente hostil como se supone en la p. 23 (cf. J. Daoust, «Encyclopédistes et Jésuites de Trévoux, 1751-1752», *Études* 172 [1952] 179-191). Tampoco es exacto hablar de «los jesuitas de la Sorbona», cuando la Sorbona se había tenazmente opuesto, desde el siglo XVI, a reconocer los estudios y títulos otorgados por los jesuitas, a pesar del

manifiesto favor real. El papel de los jansenistas fue siempre más complejo, en sus circunstanciales alianzas con los parlamentarios.

Entre los papeles personales de Colomé (Biblioteca Vaticana, Ferrajoli 678 y 679) no han quedado restos de esta actividad del polemista; indicio de que no fue central en su vida.—J. ESCALERA.

ORLANDIS, JOSÉ, *Europa y sus raíces cristianas* (Madrid, Rialp, 2004). 196 pp.

En el largo caminar de las naciones europeas hacia una unidad de todas ellas por encima de lo meramente económico que marcó su origen y que desencadenó un movimiento más profundo hacia lo jurídico, lo laboral, lo cultural y lo policial, ha llegado el momento de ahondar también en lo político. La unidad en este campo es especialmente difícil de conseguir porque son muchas las facetas, difícilmente unificables y aun compatibles, que se quieren conservar: los estados actuales y las regiones emergentes, las lenguas y la comunicación directa entre ciudadanos y entre estados, la eficiencia del poder ejecutivo y su atomización entre los 25 miembros de la Unión. La idea de Europa ha avanzado mucho desde la Comunidad del Carbón y del Acero: libre movimiento de capitales y de trabajadores, régimen democrático como característica política esencial para la incorporación y permanencia en la Unión, libertades sociales, legal y realmente aseguradas, de expresión, de trabajo, de movimiento dentro y fuera del país, de recurrir a los tribunales aun contra el estado... El conjunto de valores (y rechazos) comunes a los 25 miembros de la Unión Europea nos permiten hablar de Europa como unidad ya actual, aunque imperfecta. Corresponde ahora a la Comisión Europea, al Parlamento Europeo y a los ciudadanos europeos aprobar o rechazar el proyecto de Constitución Europea, elaborado por una comisión especial, en la que deben quedar

reflejados los valores que individualizan a Europa como conjunto de pueblos, regiones o estados.

En lo expuesto hasta aquí he omitido intencionadamente mención alguna de los aspectos religiosos que positiva o negativamente a lo largo de los siglos han dejado también su impronta en esos pueblos, regiones y estados. Se han alzado ciertamente voces que reclaman que se mencione en el proemio de la futura Constitución las raíces cristianas de Europa. Al menos como hecho histórico. De momento la petición ha sido desestimada por el carácter laico de la sociedad europea, que no profesa religión alguna, aunque concede a todas la libertad de culto y de expresión para aquellos ciudadanos que deseen abrazarla y practicarla.

J. Orlandis en su libro *La conversión de Europa al Cristianismo* había estudiado en profundidad, como se lee en la contraportada del libro analizado ahora, «el papel jugado por el Cristianismo en la configuración social, cultural y política del Viejo Continente». El libro actual es una reedición revisada con un título renovado de acuerdo con la discusión suscitada sobre el reconocimiento o, por lo menos, la mención de las raíces cristianas de Europa. Quien busque en el nuevo libro las huellas visibles todavía, dejadas en Europa por el Cristianismo, sufrirá cierta decepción. En sus páginas no ocupan lugar relevante las catedrales de Chartres ni de León, las abadías de Westminster ni de Montecasino, la peregrinaciones a los sepulcros de san Pedro en Roma ni de Santiago en Galicia. Tampoco se destaca llamativamente el papel fundamental del Cristianismo y aun de la Iglesia en las coronaciones de los reyes visigodos en España y de los emperadores germánicos en Aquisgrán. Se puede enfocar más directamente el origen cristiano de las universidades de París, Salamanca, Bolonia y Oxford. Los temas religiosos son recogidos en los frescos románicos y bizantinos, y en los pintores desde el prerrenacentis-

ta Cimabué hasta los grandes maestros de las escuelas italiana (Fra Angélico, Rafael, Miguel Ángel), flamenca primitiva (Van der Weyden), española (Murillo, Zurbarán). En fin, la vida social gira en torno a un calendario centrado en dos fiestas religiosas: el nacimiento de Jesucristo (25 de diciembre) y su resurrección (domingo siguiente al plenilunio de primavera). Junto a éstas dos que aún conservan su vigencia civil plena (aunque para muchos europeos de hoy haya desaparecido su sentido religioso), con el tiempo se fueron juntando multitud de celebraciones, más o menos universales, regionales o comarcales, en honor de la Virgen Santísima y de los santos.

En vez de detenerse en los rasgos cristianos aún visibles en Europa, J. Orlandis prefiere historiar la expansión de la fe cristiana desde la época romana hasta la cristianización de Escandinavia y de la Europa Oriental, con sus confesores anónimos, sus monjes, sus obispos, sus princesas cristianas y más exactamente católicas en la época del cristianismo arriano, y sus reyes que, como Carlomagno, forzaban abusivamente a sus súbditos a abrazar el cristianismo profesado por ellos como garantía de unidad en sus dominios.

Con sus luces y sus sombras el Cristianismo configuró Europa. Y en aquellas regiones donde el Cristianismo o no arraigó, o fue arrancado por una confesión religiosa no cristiana, junto con la fe cristiana desapareció el sentido europeo. San Agustín, nacido en lo que hoy es Túnez, era tan romano como un napolitano, un bético o un dalmata. Islamizada la costa sur del mar Mediterráneo, hoy las tierras situadas en ella son consideradas como genuinamente africanas, mientras que las de la ribera septentrional del mismo mar son todas vistas como Europa, a pesar de sus diferencias raciales, lingüísticas y políticas. A excepción de la que precisamente fue antigua capital del imperio bizantino, pero que en tiempos relativamente recién-

tes fue islamizada por los turcos y la antigua basílica de Santa Sofía se transformó en mezquita. A la inversa de lo ocurrido en Córdoba, cuya mezquita se convirtió en catedral. Ahí está la explicación de que la ciudad andaluza sea europea, mientras que Estambul, la antigua Constantinopla, encuentre dificultades para su entrada en la Unión Europea.

Sería de desear que si la obra de J. Orlandis alcanza otra edición se recalcaran más en ella los valores, usos y pensamientos heredados del cristianismo. Y que en el preámbulo de la Constitución Europea se reconociera como hecho histórico la herencia cristiana. Y se subsanara también la omisión de la cultura griega.—ENRIQUE LÓPEZ-DÓRIGA.

STEINECK, CHRISTIAN, *Leib und Herz bei Dôgen. Kommentierte Übersetzungen und theoretische Rekonstruktion* (Academia Verlag, Sankt Augustin, 2003). 184 pp.

Expone el a. el pensamiento de una de las grandes figuras del budismo japonés del siglo XIII: Dôgen (1200-1253), centrándose en su captación de la unidad corpóreo-espiritual del ser humano. Como el mismo título indica, el a. usa la terminología japonesa de cuerpo-corazón, más apropiada que el uso occidental de «cuerpo» y «alma», para presentar el modo peculiar de referirse a la unidad psíquico-corporal en la obra de este místico y pensador budista. «Corazón» se refiere aquí a lo profundo de la interioridad humana. Tras un capítulo introductorio sobre el contexto biográfico e histórico, dos capítulos centrales versan respectivamente sobre el aprendizaje del Camino de la Iluminación a través de la unidad corpóreo-espiritual y sobre un tema central del budismo Mahayana: «la interioridad del corazón es el mismo Buda». El a. ha recopilado en otro capítulo exhaustivamente —por primera vez hasta ahora en lenguas occidentales— los textos sobre este tema

en el resto de la obra de Dogen, lo que pone de relieve el valor de este estudio. Sin limitarse a la exposición, ha intentado en un capítulo final reconstruir teóricamente la relación cuerpo-corazón. Acertadamente evita dos escollos: el occidentalizar el pensamiento oriental metiéndolo en moldes ajenos y el descartarlo como meramente paradójico y no sistemático. En el contexto actual, en que predomina la tendencia a la automatización de los vivientes y, a la inversa, a dar categoría de vivientes a los autómatas, tiene particular relevancia el estudio de un pensador como Dôgen, que con un reto semejante al de las reflexiones heideggerianas sobre la técnica nos obliga a revisar el modo occidental de pensar. Al final del estudio el a. se remonta a Platón, en un intento audaz de contraste entre el Fedón y la obra de Dôgen. Se agradece especialmente al a. que, al reproducir las palabras clave de la obra estudiada, lo haga usando, junto a la transcripción fonética en alfabeto, los caracteres chinojaponeses en una tipografía impecable. Se recomienda acompañar la lectura de esta obra con las traducciones al alemán por el mismo a. de textos fundamentales de Dôgen en: C. Steineck *et al.* (Hrsg.), *Dôgen als Philosoph*, Harrasowitz, Wiesbaden 2002.—J. MASÍA.

FRAIJÓ, MANUEL, *Dios, el mal y otros ensayos* (Trotta, Madrid, 2004). 317 pp.

En este conjunto de artículos sobre el enigma del mal, la libertad, Dios y el acceso a la resurrección de Jesús, la perla es sin duda la «carta a un amigo increyente», que sirve de marco al enjundioso capítulo primero. Los creyentes no lo somos porque Dios nos resuelva el problema del mal, sino a pesar de que no nos lo soluciona. Más allá de las teodiceas optimistas, de las críticas escandalizadas y los silencios evasivos, tiene sentido «seguir preguntando a Dios por lo que nos pasa», desde una teología inacabada y siempre abierta a los puntos suspensivos de la perplejidad y la